

V

La alarma que inspiraban á la nacion los preparativos hostiles del emperador, y la desconfianza que imbuian los girondinos en sus discursos contra la corte y sus ministros, agitaban cada dia más la capital. El partido de la Gironda respondia con el grito de guerra y de traicion á cada nueva comunicacion del ministro de Negocios extranjeros. Fauchet le denunció. Brissot exclamó: «¡Cayó la máscara! Nuestro enemigo nos es ya conocido. La pretendida vulneracion de los derechos de los príncipes posesionados en Alsacia, cuya causa finge abrazar el emperador, no es sino un pretexto para desahogar su odio; los mismos emigrados no son otra cosa que unos meros instrumentos. ¡Despreciémoslos! Al supremo tribunal nacional toca hacernos justicia con respecto á esos príncipes mendicantes. Los electores del imperio tampoco son dignos de vuestra cólera. El miedo les hace ponerse de rodillas ante vosotros, y un pueblo libre no hiere á sus enemigos cuando los ve en una posicion tan humillante. ¡Herid en la cabeza! ¡La cabeza es el emperador!»

El ardor de Brissot se comunicó á toda la Asamblea. Este hombre, político hábil y consejero profundo de su partido, no tenia, sin embargo, una de aquellas voces sonoras que elevan el acento de una opinion hasta la proporcion de la voz de todo un pueblo. Sólo Vergniaud estaba dotado de un alma en donde se reasumia la pasion y resonaba la elocuencia de todo un partido. Este hombre se elevaba por medio de consideraciones históricas hasta las escenas de los tiempos antiguos que tenian más analogía con las que se estaban verificando, y daba á sus palabras el tono y la solemnidad de todas las épocas.

«Nuestra revolucion—dijo en esta sesion—ha alarmado todos los tronos. Ella es la que ha dado el ejemplo de la destruccion del despotismo que los sostiene. Los reyes aborrecen nuestra Constitucion porque hace libres á los hombres y porque ellos quieren reinar sobre esclavos. Este odio se manifiesta á las claras en el emperador por las medidas que toma para inquietarnos, protegiendo á nuestros enemigos y alentando á los franceses rebeldes á las leyes de su patria. No hay que hacerse la ilusion de creer que este odio se extinga; lo que es necesario es impedirle que obre. El genio vigila en nuestras fronteras, defendidas ménos por nuestras tropas de línea y por nuestros guardias nacionales que por el entusiasmo de la libertad. ¡La libertad! Esta es objeto de una guerra oculta y vergonzosa que se le está haciendo desde que apareció. ¿En qué consiste esta guerra? Tres ejércitos de reptiles y de insectos venenosos se agitan y se arrastran en vuestro propio seno. El uno se compone de libelistas y de calumniadores pagados; éstos se esfuerzan en armar los dos poderes uno contra otro inspirándoles mutuas desconfianzas. Otro ejército, tan peligroso sin duda como el anterior, es el de los sacerdotes sediciosos que ven que su dios se les escapa, que se hunden su poder y su prestigio, y que para conservar su imperio recurren á una venganza que la religion prohíbe, y prescriben como virtudes los crímenes más atroces. El tercero es el de esos banqueros avaros y codiciosos agiotistas, que no pueden enriquecerse sino causando nuestra ruina; la prosperidad nacional sería la muerte de sus especulaciones egoistas, y nuestra muerte sería la única cosa que á ellos pudiese darles vida. Estos hombres se asemejan á aquellos animales carnívoros que esperan el fin de los combates para ir á devorar los cadá-

veres que han quedado en el campo de batalla. (*Aplausos*). Estas gentes saben que vuestros preparativos de defensa son incompletos, y cuentan con el descrédito en que está vuestro tesoro y con la escasez de numerario. Tambien cuentan con el cansancio de esos ciudadanos que han abandonado á sus mujeres y á sus hijos por volar á las fronteras, y que las abandonarán, miéntras que los millones repartidos subrepticamente en lo interior suscitarán insurrecciones en que, armado el pueblo por el delirio, destruirá por sus mismas manos sus derechos, creyendo defenderlos. Cuando el emperador vea las cosas en el estado que acabo de pintaros, avanzará con un ejército formidable para imponeros las cadenas. Hé aquí la guerra que se os hace y se os quiere hacer en lo sucesivo. (*Grandes aplausos*).

»El pueblo ha jurado mantener la Constitucion porque ve en ella su dicha y su libertad; pero si vosotros le dejais en una inaccion agitada que gaste sus fuerzas y agote todos nuestros recursos, el dia en que el pueblo se halle en este estado de abatimiento, ¿no será tambien el último de nuestra Constitucion? El estado á que se nos ha reducido es muy parecido al que acabo de poner á vuestra vista, y no puede conducirnos sino al oprobio ó á la muerte. (*Vivos aplausos*). ¡A las armas, ciudadanos! ¡A las armas, hombres libres! Defended vuestra libertad, asegurad la esperanza que tiene el género humano de conquistarla, y de no hacerlo así, sabed que no mereceis ni áun que se tenga compasion de vuestras desgracias. (*Nuevos aplausos*).

»Nosotros no tenemos otros aliados que la justicia eterna, cuyos derechos defendemos. ¿Nos está prohibido por esto el buscar otros y el interesar las potencias que se vean amenazadas como nosotros por la rotura del equilibrio europeo? Sin duda que no. Declarad al emperador que desde este momento quedan rotos los tratados. (*Prolongados bravos*). El mismo emperador nos ha dado el ejemplo rompiéndolos. Si aún duda en atacaros, es porque no está dispuesto. Pero ya ha caido la máscara que le cubria. ¡Felicitaos! Europa tiene la vista fija en vosotros: ¡enseñadle en fin lo que vale la Asamblea nacional de Francia! Si vosotros mostrais la dignidad que conviene á los representantes de un gran pueblo, obtendreis sus aplausos, su estimacion y su apoyo. Si manifestais debilidad, si dejais pasar la ocasion que la Providencia os ofrece de libertaros de una situacion tan embarazosa, temed el envilecimiento que os preparan el odio de Europa, el de Francia, el de vuestro siglo y el de la posteridad. (*Aplausos*).

»Haced todavía más: exigid que los colores nacionales sean respetados al otro lado del Rhin; exigid tambien que se disperse á vuestros emigrados. Bien sé que podria pedir que se les hiciese volver á una patria á quien ultrajan, para castigarlos. Pero no. Si ellos ansían derramar nuestra sangre, no nos mostremos nosotros deseos de verter la suya. Su crimen consiste en haber querido arruinar su patria. Pues bien, que anden errantes y vagabundos por todo el globo, y que su castigo sea no hallar patria en ninguna parte. (*Aplausos*). Si el emperador tarda en responder á vuestra intimacion, considérese esta dilacion como una negativa; si se niega á explicarse, considérese esto tambien como una declaracion de guerra. Atacad ahora que teneis ocasion de hacerlo. Si Federico hubiese contemporizado en la guerra de Sajonia, el rey de Prusia sería en este momento marqués de Brandeburgo. El fué el que atacó, y Prusia disputa hoy al Austria su influencia en los destinos de Alemania, influencia que se ha escapado de vuestras manos.

»Hasta aquí vosotros no os habeis determinado á hacer las cosas sino á medias, y puede aplicarse á vuestras medidas el lenguaje que usaba Demóstenes con los atenienses en unas circunstancias parecidas á éstas. «Vosotros—les decia—os portais con los macedonios como los bárbaros que combaten en nuestros juegos con respecto á sus adversarios: cuando se ven heridos en el brazo, acuden á defender el brazo; si son heridos en la cabeza, acuden á defender aquella parte despues que han sido heridos en ella, pero nunca piensan en parar de antemano los golpes. Si Felipe arma, vosotros armáis tambien; si desarma, deponéis las armas; en cuanto ataca á uno de vuestros aliados, en seguida enviáis un ejército numeroso para protegerle; si acomete una de vuestras ciudades, en seguida enviáis un numeroso ejército para que la defienda; si desarma otra vez, vosotros tambien desarmáis de nuevo, sin pensar en los medios de anticiparos á trastornar sus proyectos ambiciosos, ni en ponerlos al abrigo de sus ataques. De este modo, estais siempre á las órdenes de vuestro enemigo, que es el que verdaderamente manda en vuestros ejércitos.»

»Voy tambien á deciros de qué modo os manejaís con respecto á los emigrados: cuando ois decir que están en Coblentza, un sinnúmero de ciudadanos vuelan allí á batirse con ellos; si se reúnen en las orillas del Rin, vosotros guarneceís el camino que han de seguir con dos cuerpos de ejército; si las potencias inmediatas á nuestras fronteras les conceden asilo, entónces os proponéis ir á atacarlas; si ois decir, por el contrario, que se han internado en el Norte de Alemania, al momento deponéis las armas; si aquellos hombres vuelven á ofenderos de nuevo, vosotros volvéis tambien á indignaros, pero en cuanto os hacen la más insignificante oferta, volvéis tambien á deponer las armas. De esta suerte, los emigrados y los gabinetes que los sostienen son vuestros jefes y los que disponen como les acomoda de vosotros, de vuestros consejos, de vuestros tesoros y de vuestros ejércitos. (*Aplausos*). Ved vosotros mismos si este humillante papel es digno de un pueblo tan grande como el nuestro.

»Voy á terminar con una idea que se me ocurre ahora mismo. Paréceme que los manes de las generaciones pretéritas vienen presurosos á este templo para exhortaros en nombre de todos los males que la esclavitud les ha hecho sufrir á que preserveis de ellos á las generaciones futuras, cuyo destino está en vuestras manos. ¡Atended á sus súplicas y sed otra Providencia para las edades futuras! ¡Asociaos á la justicia eterna que protege á los pueblos! Si así lo haceis, mereceréis bien de vuestra patria y de todo el género humano.»

Los prolongados aplausos que siguieron á este discurso manifestaron la emocion que habia producido en todos los corazones. Vergniaud, á imitacion de los oradores de la antigüedad, en vez de enervar su elocuencia con las combinaciones de la política, que sólo habla al espíritu, la empapaba en el fuego de un alma patética. El pueblo no entiende sino aquello que siente, y no hay mejores oradores para él que los que le conmueven. La emocion es la conviccion de las masas. Vergniaud la sentia en sí y sabía comunicarla á la multitud. La conciencia de trabajar por la felicidad del género humano, y la perspectiva del reconocimiento de los siglos venideros, daban á Francia un noble orgullo que le hacía entusiasmarse por la causa de la libertad. El carácter distintivo de este orador consistia en saber elevar casi siempre la revolucion á la altura de un apostolado, en extender su pa-

triotismo á toda la humanidad, y en no apasionar ni atraer hácia sí al pueblo sino valiéndose de sus virtudes. Semejantes palabras producian un efecto tan grande en todo el imperio, que el rey y el ministerio no podian resistirlo.

VI

Ya hemos dicho en otra parte que Vergniaud y sus amigos tenian inteligencias en el Consejo. Mr. de Narbona y los girondinos se veian, y concertaban de comun acuerdo lo que debia hacerse en los salones de madama de Staël, llamados entónces el Campo de la Revolucion. El abate Fauchet, denunciador de Mr. de Lessart, bebia en las mociones que allí se hacian todo el ardor que le animaba para derribar á aquel ministro. Este, amortiguando en cuanto le era posible las amenazas de la corte de Viena y la indignacion de la Asamblea, hacía cuanto estaba en su mano por ganar tiempo y ver si podia lograr que se decidiesen las cosas con más calma. Su leal adhesion á Luis XVI y su gran prevision le hacian ver en la guerra, no la restauracion, sino una sacudida violenta del trono. En este choque entre Europa y Francia necesariamente tenia que ser el rey el primero que sufriese, y forzosamente habia de quedar muy malparado del golpe. La hombría de bien y el afecto de Mr. de Lessart á su amo hacian en él las veces del genio. Como que este hombre era un obstáculo para los tres partidos que querian la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podia cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro: Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente, con el solo objeto de dar algunos dias más al rey para que pudiese entrar en negociaciones. Estos dias estaban contados.